

Historias del diamante

ANTOLOGÍA DE CUENTO Y CRÓNICA
SOBRE BÉISBOL

BIBLIOTECA HAROLD R. PAPE, EN COORDINACIÓN
CON EL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA DE SALTILLO
Y LOS CLUBES ACEREROS DE MONCLOVA
Y SARAPEROS DE SALTILLO.

HISTORIAS DEL DIAMANTE: ANTOLOGÍA DE CUENTO Y CRÓNICA SOBRE BÉISBOL



Historias del diamante

ANTOLOGÍA DE CUENTO Y CRÓNICA
SOBRE BÉISBOL

BIBLIOTECA HAROLD R. PAPE, EN COORDINACIÓN
CON EL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA DE SALTILLO
Y LOS CLUBES ACEREROS DE MONCLOVA
Y SARAPEROS DE SALTILLO.

HISTORIAS DEL DIAMANTE: ANTOLOGÍA DE CUENTO Y CRÓNICA SOBRE BÉISBOL



Historias del diamante

ANTOLOGÍA DE CUENTO Y CRÓNICA
SOBRE BÉISBOL



Historias del diamante

ANTOLOGÍA DE CUENTO Y CRÓNICA
SOBRE BÉISBOL



BIBLIOTECA HAROLD R. PAPE, EN COORDINACIÓN
CON EL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA DE SALTILLO
Y LOS CLUBES ACEREROS DE MONCLOVA
Y SARAPEROS DE SALTILLO.

Editorial Pape
Biblioteca Harold R. Pape

Primera edición: 2019

© Editorial Pape

© Para los autores: Kevin Arnoldo Castañeda Reyna, Humberto Vázquez Galindo, César Mario Durón Olloqui, Alberto Cortines Boardman, Gibran Jalil González Treviño, Rocío Sotomayor Veliz, Leonardo Gómez, Humberto Javier Salazar Andrade, José Del Bosque Joch, Roberto Espero Jacobo, Pablo Grajales Rojas

Editor: Antonio Sonora García

Fotografía de cubierta: Cortesía Club Acereros de Monclova

Derechos reservados de la presente edición:

Museo Biblioteca Pape, A. C.

Blvd. Harold R. Pape No. 505 Sur

Col. Guadalupe

Monclova, Coahuila

CP. 25750

Todos los derechos reservados, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito del titular de los derechos de autor.

Impreso y hecho en México.

Índice

Bienvenida, 7

Presentación, 9

Obras ganadoras, 13

Kevin Arnoldo Castañeda Reyna

Ovación de un estadio, 15

Humberto Vázquez Galindo

Casa llena, corazón contento, 19

Obras seleccionadas, 27

César Mario Durón Olloqui

Mi juego, 29

Al Boardman

El guante perfecto, 35

Gibran Jalil González Treviño

Torito, 43

Rocío Sotomayor Veliz

La liga de mis emociones, 49

Leonardo Gómez

La conocí... ¡Y no la dejé ir!, 53

Humberto Javier Salazar Andrade

Crónica de un campeonato, 59

José Del Bosque Joch

La milla de Vinicio: mil 600 metros, Saltillo-Denver, 65

Roberto Espero Jacobo

La batalla de los Cañeros, 73



Corrección, Diseño editorial e Impresión: Quintanilla Ediciones
www.quintanillaediciones.com

Autor invitado, 77

Pablo Grajales Rojas

La eternidad ante el clutch, 79

Los autores, 87

Bienvenida

Por quinto año consecutivo, presentamos a la comunidad una nueva antología literaria en conjunto con el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, una institución con la cual compartimos nuestra misión sobre la promoción a la lectura y escritura.

Este año se unen al proyecto los clubes deportivos de Acereños de Monclova y Saraperos de Saltillo, con los que lanzamos, en coordinación, la convocatoria para el concurso de cuento y crónica de béisbol “Historias del diamante”, la cual tuvo una importante participación de autores de ambas ciudades.

De esta forma, el presente volumen reúne los trabajos que fueron elegidos por el jurado como ganadores en ambas categorías, así como las obras seleccionadas para su publicación.

Nos llena de satisfacción que un deporte como el béisbol reúna a escritores de Monclova y Saltillo para demostrarnos que más allá de los triunfos y derrotas deportivas, el béisbol es una experiencia emotiva que une a familias y generaciones.

Esperamos que este libro sea disfrutado no solamente por los amantes de la literatura, sino también por la afición de ambas ciudades y que, a través de estas historias del diamante, fomentemos la imaginación y el aprecio a la lectura.

Lic. Gerardo Benavides Pape

Presidente de la Junta Directiva de Campo San Antonio
Fundación Pape, A. C.

Presentación

Crecimos con las maravillosas historias de nuestros abuelos, padres y vecinos en las que todos y cada uno de ellos tenían su propia narración sobre el béisbol: una bola autografiada y colocada en la vitrina de la sala de la casa, un guante con el que ganó el campeonato aquel pelotero famoso, remembranzas, anécdotas, pero, sobre todo, momentos felices en los que el béisbol siempre fue el protagonista.

Recuerdo la entrañable experiencia de sentarnos en familia para ver televisión y seguir, semana tras semana, los partidos de la temporada regular hasta el campeonato. El béisbol une familias, integra una disciplina deportiva, motiva a triunfar con base en un juego limpio, con esfuerzo pronto y algo digno de realzar: hacer equipo.

Quiero expresar mi reconocimiento a quienes practican este deporte, particularmente a los clubes de béisbol Saraperos de Saltillo y Acereros de Monclova, así como a la Fundación Pape, porque a través de esta coedición entrelazamos pensamientos, nos unimos a través de las letras y hacemos más cortos los kilómetros existentes entre una ciudad y otra.

Sin duda, para el Gobierno Municipal de Saltillo es un gran honor ser parte de esta sinergia. En lo particular, aplaudo esta vinculación y reconozco la gran calidad de los textos

ganadores. Que “El rey de los deportes” siga haciéndonos cómplices para ligar cada home run en favor de las letras.

Iván Ariel Márquez Morales

Maestro en Promoción y Desarrollo Cultural
Director General del Instituto Municipal
de Cultura de Saltillo

*Obras
ganadoras*

Ovación de un estadio

[CUENTO]

KEVIN ARNOLDO CASTAÑEDA REYNA

Quiero que la primera vez que visites el estadio de béisbol des una ovación. Bajarás de la camioneta color arena de tu papá, tomarás la mano de tu mamá e irás cantando con tus hermanos mayores. Tus pies dolerán por la grava del estacionamiento y pisar la entrada será un alivio para ti.

Observas bien tu boleto, ¿qué es lo que indica? Las gradas; es divertido sortearlas. Hoy comienzas en general, otros encuentros se llenarán y te conformarás con el área preferente, y raras ocasiones visitarás las gradas subterráneas.

Dejas de mirar el ticket y levantas tu mirada. Frente a ti está el horno más grande de México: el Estadio Monclova, hogar de los Acereros del Norte. Notas en las columnas las imágenes de los beisbolistas, todos portan el mismo uniforme; al igual que tú, una casaca azul que tu papá compró para la ocasión.

Entras al estadio y los coros de la afición no tardan en tronar en tus oídos. Te espantarás de inicio, luego te unirás a su son. Subirás la rampa hacia las gradas; un enorme público sigue tus pasos. A medio camino, tropezarás del cansancio y

los brazos de tu mamá serán el refugio ideal. Paras de sollozar y, ante la luz del sol, ves esa cancha de diamante. Las colchonetas indican las bases: home, primera, segunda y tercera, siguiendo en sentido inverso a las manecillas del reloj.

No ubicarás tu sitio; el boleto no lo indica. Tu familia mostrará su tradición para que la conserves: área general, frente a tercera base. Ahora podrás ubicarte. Saltan al campo los jugadores locales. Ves de nuevo las casacas azules. Tu papá lo dijo, con esa ropa también eres parte del equipo.

Preguntas quién será el rival y consultas el boleto. ¿Acaso será de la Zona Norte? ¿Algodoneros de Unión Laguna, Generales de Durango, Rieleros de Aguascalientes, Saraperos de Saltillo, Sultanes de Monterrey, Tecolotes de los Dos Laredos o Toros de Tijuana? O, más bien, ¿vino del sur? ¿Bravos de León, Diablos Rojos de México, Guerreros de Oaxaca, Leones de Yucatán, Olmecas de Tabasco, Pericos de Puebla, Piratas de Campeche o Tigres de Quintana Roo?

Comienza el partido, batea el rival. A través de las bocinas indican el jugador. El primero a batear, en el orden, será el primera base. Esa doble posición te confunde y cuentas a los jugadores sobre el césped. En total son diez: lanzador, receptor, primera base, segunda base, tercera base, parador en corto, jardinero izquierdo, jardinero central, jardinero derecho y bateador designado.

Termina la entrada y es turno del equipo local. El estadio

se llena con gritos y aplausos. Las bocinas no paran de reproducir canciones. Después de dos bateadores, los dos jugadores están en segunda y primera base. Pasa a batear el tercero en el orden: un jardinero central. Primer lanzamiento, strike; segundo, bola. El estadio retumba y quieres formar parte de la afición. Tercer movimiento, con zurda conecta la bola y las bardas observan el esférico saltar sobre ellas. ¡Un home run!

La ovación llega. Todo el público de pie y tú saltas del asiento. Sonríes al ver a los tres jugadores correr hacia home. Tres puntos a favor del local.

Contaría más del partido, pero no es mi deber que lo sepas. Hoy inicia tu afición a este bello deporte. Despierta de este sueño y ponte la casaca. Tu familia está a punto de ir al estadio.

Casa llena, corazón contento

[CRÓNICA]

HUMBERTO VÁZQUEZ GALINDO

Muchos años después, me puse a recordar aquella tarde remota en que mi abuelo me llevó a conocer el estadio de los Saraperos. Saltillo había crecido, ya no era esa aldea de casas de adobe de la que hablaban con nostalgia los mayores.

“Aquí juegan esos cabrones”, me dijo mi *guelo*, hinchado de orgullo, mientras se quitaba su inseparable sombrero vaquero, ése que sólo se sacaba para dormir y para entrar, allá a las quinientas, en una iglesia. No reparé en ese monstruo de concreto, lo veía a él, quien embebecido admiraba al “Madero” como nunca nos vio a nosotros, ni siquiera a la abuela. O quizá sí, pero cuando estábamos dormidos.

Ahí estaba él, aventando las redes de la memoria, escuchando el eco de viejos partidos. Seguro recordaba un home run con casa llena porque su rostro era el de alguien que contempla la Catedral de Notre Dame en llamas, pero sin rastro de tristeza.

Lo recuerdo parado ahí, con cierta altivez y ese pundonor que sacaba a relucir únicamente cuando bailaba una polka o un chotis con la abuela Petri. Amaba ver a esa pareja que, aunque vivía de la greña, se coordinaba perfectamente para

levantar polvo. “Si supieras, chaparrita, cuánto te amo”, le cantaba a su mujer. Y es que eso que sentía por *guela* y por su equipo podría ser tachado de todo, menos de amores fingidos.

Hoy, a la distancia, cuando paso por afuera del “Madero”, lo sigo viendo parado en la banqueta con el sombrero en el pecho. En lo que espero a que cambie el semáforo, le suelto la rienda a la memoria, luego me limpio los parabrisas y acelerero para ver si se quedan atrás esas imágenes que me hacen montón cada que paso por ahí, pero no funciona. Y aunque su silueta se queda atrás, como un suave rumor que huele a tierra mojada, café de olla, chile molcajeteadado y tortillas de harina, los recuerdos están intactos: el abuelo, con su inseparable radio de pilas, dando vueltas en el patio, escuchando un cardíaco partido como si se tratara de un padre afuera de la sala de partos; el abuelo cenando, echándonos miradas a mi hermano y a mí, que teníamos prohibido abrir la boca, y de pronto un golpe en la mesa cuando el comentarista reseña el tercer strike con la casa llena. Nosotros pegábamos el reparón y la abuela hacía más amarga la derrota: “Ay, Pepe. Si ya te la sabes. Además, asustas a los niños”.

“Uy, sí. Estos cabrones no le tienen miedo ni al diablo en persona. Míralos riéndose, pero mañana a ver quién los lleva a la escuela, se van solos y que los agarre el robachicos”. Pero era mentira, porque allá íbamos tomados de sus manos mientras se paraba en la carnicería, la peluquería, la tienda de abarrotes y todos llorando con él la misma pena. De pronto,

lo que era evidente, la reja de la escuela cerrada con candado.

Los recuerdos con él siempre son los mismos: el radio, el juego, los comentaristas, la derrota, pero también el dulce sabor del triunfo. Cuando sucedía, entraba gritando improperios, interrumpiendo la novela porque habían ganado sus “atascados”. Mi hermano y yo hacíamos el mismo ritual de siempre: saltar en las camas mientras la abuela aguafiestas gritaba: “ya párenle, trastornados”. Y ahí va el abuelo a cargarla y darle vueltas, y todos terminábamos abrazados y eufóricos, mientras *guelo* perdía la cordura y nos llenaba de besos y, acto seguido, sacaba morralla para que fuéramos a las maquinitas y la abuela otra vez de aguafiestas: “Pepe, qué ocurrencias, no son horas. Ya duérmete, que mañana madrugas”. “Es que hubieras visto...”, se arrancaba y nos dormía con su reseña en la oscuridad de esa casa de adobe en la colonia Topochico, a unas cuadras del estadio donde había sucedido la magia.

Mi madre lo recuerda igual, como un padre ausente. Bueno, al menos durante los partidos. José Galindo nació y se casó en San Antonio de Encinas, una ranchería a 25 kilómetros de la capital. Mi abuelo, como las cabras, todos los días tiraba pal monte. Se iba cantando a tallar la lechuguilla. De ahí, con sus manos callosas, sacaba el ixtle que cambiaba en la Conasupo por harina, frijoles, huevo y café. Tenía buena mano para la cosecha, sin embargo, la ganancia era siempre para los dueños de las labores. El sol nunca daba tregua, pero cuando caía la tarde mi abuelo se sentaba en la banqueta para

cumplir su rutina: encender su radio para escuchar el partido. En la casa todos tenían un romance con el aparato. La abuela se levantaba con “El Compadre” Medina, la radionovela de moda era *El ojo de vidrio* y mi mamá y mis tíos cantaban a grito tendido con Mario Saucedo, Los Alegres de Terán, David Záizar y Chayito Valdez.

A mi abuelo le decían “El Pariente”. Todos lo querían cerca porque tenía encanto; era muy ocurrente, te sacaba carcajadas y lo mejor, era buen cantante. Así, cantando, lo agarró el año de 1980, cuando una huelga de beisbolistas redujo de veinte a seis los equipos contendientes. Mi abuelo no cabía de la felicidad el día en que los Saraperos ganaron el campeonato. La fiesta duró poco. Les hicieron de agua el título, pero “*aiga sido, como aiga sido*”, eran campeones. Con la euforia encima, en el rancho formaron un equipo y mi *guelo* se creía el mánager.

Pronto se armaron las retas con rancherías cercanas. Los partidos unieron pueblos que jamás se veían las caras: Las Encinas contra San Miguel, Paredón, Acatita y Santo Domingo. Había partidos que terminaban a gritos y sombrerazos, pero también sirvieron para estrechar voluntades y crear lazos que acabaron en bodas, bautizos, amistades y la defensa del agua. Jugaban enguarachados, pero la abuela lo resume bien: “Éramos tan felices con tan poco”.

No obstante, el amor, esa cosa tan volátil, huyó por la ventana cuando vio al hambre tocar a la puerta. Mi abuelo

nos trajo a Saltillo con todo y gallinas. De pronto, el viejo que hablaba con las nubes, el que era el terror de las víboras de cascabel, el que hacía brotar maíz y frijol a la tierra, el que curaba a los animales con plantas, terminó trabajando en la maquila. Nunca lo vi quejarse, pero sí buscando consuelo en eso que más amaba: su radio de pilas para oír el beis.

Vivíamos en la calle General Francisco Coss y un día los ahorros les permitieron sacar casa a las faldas de la sierra de Zapalinamé, en la colonia Fundadores. Mi abuelo “bajaba” a ver a sus amigos y un día decidió conocer el estadio de los Saraperos. Sería la emoción, pero apenas se bajó de la combi y el corazón se le quiso echar en reversa. Le dio un paro cardíaco en la puerta del bar La Laguna. El dependiente creyó que se estaba haciendo el muertito y lo auxilió con una Carta Blanca bien helada que le devolvió los colores al rostro. Cuando llegó la ambulancia, ya estaba contando chistes. “Es que te guardas todo, Pepe, y el pecho no es bodega”, le decía llorando la abuela. Él tenía otra teoría: “Salimos defectuosos porque en el rancho nos casábamos los primos”. Mi abuelo era Galindo Galindo y mi abuela Ramos Galindo. Si Las Encinas fueran Macondo, todos tendríamos cola de marrano. Total, nunca quiso volver al estadio.

Los años volaron como un batazo de cuatro esquinas. Era 1993 y mi abuelo ya llevaba veintitrés años de romance con el equipo que siempre se quedaba rasguñando la gloria. Él no se agüitaba, cada partido ganado lo festejaba como si le

hubiera nacido un hijo. Y ni que decir de los gritos cuando quedaban campeones de la Zona Norte y luego los alaridos en la final de campeonato cuando triunfaba el “ya merito”. Si algo lo mantenía vivo era la esperanza de verlos ganar, hasta que esa llama se apagó un sábado 13 de noviembre, el año en el que quedaron último lugar de la zona, y a José Galindo, don Pepe, alias “El Pariante”, el que cantaba igualito que Antonio Aguilar, que le sacaba carcajadas hasta a las piedras, incondicional de “La Nave Verde”, lo sorprendió otro paro cardiaco mientras fumaba sus Delicados. Y, de la nada, el tercer out con casa llena en la parte baja de la novena entrada; se apagan las luces y el estadio se viste de luto.

Yo tenía catorce años y mi hermano Julio, nueve. Cómo le lloramos a *guelo*. Cuando lo estaban enterrando, mi hermano me confesó que le echó el radio en el ataúd y le dije que cuando se le acabaran las pilas iba a venir a estirarnos las patas. Reímos y lloramos como dos locos mientras lo bajaban. Mi hermano no quería que le pusieran tierra encima porque cómo iba a salir a festejar si ganaba “El Sarape”.

Pasaron catorce años para que el abuelo intentara salir de la tumba con el único propósito de aventar el sombrero al piso y dar de brincos. Los Saraperos se coronaron campeones de la Liga Mexicana de Béisbol en 2009. Saltillo era una fiesta. Ese día fui por una caguama Carta Blanca para seguir a la multitud. Ahí, en medio del gentío, a nadie se le hizo raro verme llorar y brindar hacia arriba. Y es que allá estabas a la

baile y baile con tus botines negros porque tus “atascados” ganaron. Allá estaban también, lampareadas con los fuegos artificiales y sordas de tanto tamborazo, todas esas almas a las que tampoco se les hizo verlos ganar.

“Ganaron los Saraperos, *guelito*”, te grito mirando pa arriba, mientras camino entre la multitud tomado de tu mano rasposa, como cuando era niño. Ahí vamos los dos, locos de felicidad, empachados de orgullo, orondos de tanta euforia, con una sonrisa tan grande que duelen las quijadas. No es para menos, ganó el equipo que con sus derrotas te mantuvo vivo, ése que anhelabas ver ganar y te aceitaba el corazón con la esperanza. No dejo de mirar al cielo en medio de la algarabía, de ese mar de gente navegando por Victoria con rumbo a la Alameda, en donde no cabe un alma. Y no dejo de repetirte: ¡somos campeones, mi viejo chulo! Y el corazón no me cabe en el pecho. De pronto, cierro los ojos y te veo entrar a la sala de la casa aventando el sombrero, gritando impropiedades y mi hermano y yo saltando en la cama, y la abuela gritándonos que ya le paremos y tú cargándola y dándole vueltas en el aire y todos abrazados y tú besando nuestras cabezas. Qué felicidad, abuelo, porque ganaron tus “atascados” y mis ojos son tus ojos y mi corazón late por el tuyo. Y repito, qué felicidad porque por fin ganaron tus Saraperos.

Obras
seleccionadas

Mi juego

[CUENTO]

CÉSAR MARIO DURÓN OLLOQUI

Primera entrada

De pie, frente a una consola de tocadiscos y radio AM más grande que yo, la voz del narrador eriza mi piel con el drama de “El rey de los deportes”. Sus palabras son una recta rapidísima que descubren en mi mente un argot de fantasía, donde los jugadores son gigantes con grandes maderos apaleando proyectiles. Cierro los ojos, me encuentro entre los ruidos de esa gente, con su emoción de estar al filo de la butaca en una cuenta llena. Hoy me toca estar de este lado, soy muy chico todavía, mis hermanos mayores se encuentran en el Estadio Monclova.

Mi padre y yo perseguimos las jugadas con la imaginación, que hace más grandiosas las proezas de mi equipo. No tengo edad todavía para ir solo al coloso, pero en este aparato descubro las hazañas que hacen correr a los Acereros de nuevo a home con puros golpes de bat. Siempre escuchamos hasta el séptimo inning en la vieja sala de la casa, para luego ir en la vagoneta Rambler hacia el estadio a recoger a mis her-

manos. Las últimas dos entradas aparecen desde la radio del carro. El precio por recogerlos a un costado del estadio es una bolsita de semillas para mí.

Segunda entrada

Mi padre toma fuerte mi mano e intento reconocer en mi memoria ese coliseo. Ahora, tengo edad para ser parte de la aventura que antes sólo imaginaba. Una rampa de concreto, larga y pesada, se extiende hasta el último piso. De la nada, y a la vuelta de una pequeña barda, miles de butacas dispuestas en filas interminables. Mis ojos se llenan con esa alfombra de verde pasto, las luces muestran claro el campo de juego; brilla como un verdadero diamante. Golpes del bate, el cuero deteniendo pelotazos y un grupo musical, entre entrada y entrada, ponen sonido a las imágenes que en mi mente dibujaba.

Esos gladiadores son más grandes de lo que creí. Me encuentro dentro de la acción como el espectador principal. Hoy me consienten, el viaje se llena de banderines, trompetas, chicharrones. No faltan las semillas. Parado en mi asiento, aclamo la furia de una vuelta entera después de un jonrón. Contagiado de adrenalina, no se puede ser más feliz. Es el parque de juegos perfecto. Ahora, las semillas yo las llevo a mamá.

Tercera entrada

La de las responsabilidades. Mis hermanos mayores tienen la responsabilidad de cuidarme, ya puedo venir solo con ellos. Tengo la responsabilidad de hacerles caso y los jugadores de Monclova se sienten con la gran responsabilidad de ganar este partido por mí. Nos sentamos más cerca del campo, ya me puedo defender de los apretones. El juego tiene más detalles: gritos de jugadores, veloces pisadas, gestos brillantes de sudor; le ponen más emoción a nueve hombres que buscan ganar a fuerza. Acereros, 6; Tecolotes de los Dos Laredos, 3. Algo dentro me pintó de madurez. Hoy soy quien alza el brazo para detener la vagoneta familiar cuando mi padre pasa a recogernos.

Cuarta entrada

Estoy saliendo de la adolescencia y el equipo entra más en el alma. Ahora, mis amigos y los colores azul y blanco son todo. Al ir en bola con puros camaradas, me doy cuenta que el estadio huele a semillas, cantina, vapores de antojitos; ahora sé que venir al béisbol se vive por todos los sentidos. Cervezas en cubetas con trozos de hielo y quinielas vienen en fila a nuestro lugar. Risas, gritos, vasos amontonados uno sobre otro y el ambiente de tu equipo favorito son un fuerte cimiento para la amistad. Los amigos hacen tu felicidad y este deporte es, a su vez, para hacerlos.

Quinta entrada

Hoy, los boletos los pago yo. Con mi primer sueldo invito a mi padre a un juego de beis. Camino los mismos pasos con los que he desgastado la rampa de cemento que pasé tantas veces. Yo, orgulloso de nuestro equipo renovado; mi viejo, orgulloso de mí. El nuevo sonido local nos hace sentir en las Grandes Ligas. Cánticos, zumbidos, porras; cantamos, gritamos y disfrutamos. Hoy perdimos el partido. Entendí que no siempre se gana, pero que todas las dificultades se sobrepasan con buena cara y un buen ambiente. En el juego de la vida, se gana y se pierde de pie.

Sexta entrada

Traigo de la mano a Rocío. La voy llevando por laberintos que conozco de memoria. Sus ojos brillan sorprendidos por cada detalle. Le enseño mi técnica para pelar semillas y le cuento sobre la tradición de apilar los vasos de cerveza. Le encantan las quinielas. Se me hace que esta mujer sí es la buena; es la primera vez que la traigo. Las otras que había invitado nunca se conmovieron cuando les platiqué cómo el equipo había crecido conmigo. El éxito en las citas se mide en la comodidad del lenguaje del silencio, un diálogo de miradas que nos hace saber que no hay mejor lugar que estar ahí. Con una sonrisa quieta, sale acurrucada bajo mi brazo entre el tumulto. Hoy sé que en el Estadio Monclova puedo ganar mi destino.

Séptima entrada

Ahora vengo con mi esposa. Desde que entré con ella por primera vez, supe que no iba a haber nadie más. En medio del tercer inning le digo que voy al baño y me dirijo rápido a la tienda oficial de Acereros. Le compro la camisa gris del equipo que dice “Monclova”, al frente. Al enseñársela, de inmediato se la pone y me demuestra que se ha puesto mi camiseta. Es una fortuna encontrar una compañera que siempre juegue de tu lado. La llamada “fatídica entrada” o cárcel del matrimonio nos sirve para surgir como equipo para buscar el triunfo.

Octava entrada

El equipo de Acereros cambió de dueño, maduró, se modernizó. Mi equipo personal, que es al que ahora amo, también creció. Son dos hijas las que nos acompañan; me remontan a la misma alegría con la que yo visitaba el parque. La novedad del deporte en equipo y el gritar con el alma para impulsar a los jugadores son experiencias que les empiezan a servir. Las sonrisas detrás de las trompetas y los movimientos de las banderas son copias exactas de las que yo dibujaba al correr entre las filas del estadio.

Por primera vez, me toca que un batazo de foul venga directo hacia mí. Levanto los brazos y cierro los ojos. Era de esperarse que la pelota pasara entre mis dedos. Giro rápido, volteo arriba, abajo, veo que las personas a mi alrededor tam-

poco han encontrado nada. Rocío me jala de la camisa y, con su delgada mano, pone frente a mí esa bola. ¡Lo logramos! Todo lo que hacemos entre dos es más fácil. Mis hijas se quedaron con esa pelota y yo aún guardo ese recuerdo cuando me despido de ellas cada noche y volteo a su buró.

Novena entrada

Este es el juego de todos. No se acaba hasta que se acaba. A lo largo del partido, me doy cuenta de la filosofía del deporte, de la vida misma. Combatir adversidades con solamente un trozo de madera en nuestras manos, defendernos en equipo y lanzarnos rápidamente sin mirar atrás para conseguir las metas. Por eso, apoyo incondicionalmente al mejor equipo; no necesitan mostrarme algún trofeo. El éxito se logra cuando jugamos basados en los valores que tenemos. Siempre que acudo al Estadio Monclova revivo cada detalle del deporte que ha participado en mi vida. Y todavía faltan tres outs en los que sé, nos levantaremos campeones, un día.

El guante perfecto

[CUENTO]

AL BOARDMAN

—¡Viejo parlanchín! Estoy seguro que si dejaras de hablarle al muchacho usando tan sólo frases hechas, él comprendería mejor el punto.

—Si no tienes algo mejor que el silencio, ¡cierra la boca, Mickey!

—¿Ves? Ahí está de nuevo. No sé cómo he logrado soportarte durante tanto tiempo.

—Bueno, ya sabes... La tolerancia con el tiempo termina volviéndose costumbre.

—¡Me marchó! ¡Contigo no se puede, Ted! Y Nolan, nos vemos luego. No hagas mucho caso del viejo merolico de tu abuelo. Excepto por aquello que siempre dice: "El béisbol se juega con la cabeza; pero se batea, se lanza y atrapa con el corazón". Mucha suerte en el juego de mañana. ¡A darles con todo, muchacho!

—¡Hasta luego, tío Mickey! Gracias, espero verte en las bancas del campo.

—¡Ahí estaré, chico! No me lo perdería por nada del mundo. Aunque el precio a pagar sea soportar una vez más el partido, interrumpido con la cháchara de tu abuelo.

Ted emitió un sonoro bufido ante el comentario y esperó unos segundos a que Mickey se alejara unos pasos.

Caía la tarde. Corría el verano de 1958 y las mesas del Vinnie's Dinner Café comenzaban a sumar clientes para la cena. Una sinfonía Wurlitzer invadía el ambiente con las notas de *It's all in the game*, de Tommy Edwards. En el aire peregrinaba el aroma a carne de hamburguesa y patatas fritas. El viejo dio un sorbo a su café, mientras su nieto daba vueltas con una pajilla a su isla flotante; le encantaba ver cómo se disolvía lentamente la bola de helado de vainilla en refresco de cola.

—Escucha algo, Nolan, es importante. Voy a contarte un secreto. ¿Y si te dijera que, entre mis tesoros de coleccionista, tengo un viejo guante de béisbol? Es uno muy especial que podría ayudarte a lanzar, por fin, ese juego perfecto.

—¿Estás de broma, abuelo?

—Lo dijo Bill Veeck: "El béisbol es la única cosa ordenada en un mundo desordenado. Si tienes tres strikes, ni siquiera el mejor abogado del mundo puede sacarte de ese lío". Y estoy seguro que ese guante sólo reparte strikes, firmes y calculados...

—No sé, los chicos del Bluebay han sido campeones durante tres años seguidos y siguen haciéndolo muy bien. Los nuestros están bajo mucha presión, ¡se trata del juego final! La oportunidad es única.

—No te preocupes. Recuerda lo que dijo Babe: "Los jonrones de ayer no ganan los partidos de hoy". ¡Este guante es una verdadera bomba! Venga, vamos a casa y te lo muestro.

Continuaron hablando mientras dirigían sus pasos rumbo a la casa del viejo coleccionista de todo lo que tuviera que ver con el béisbol.

—Dime una cosa, Nolan. Seguro escuchaste hablar alguna vez de Cy, "El Ciclón".

—¿Te refieres a Cy Young? ¡Por supuesto, abuelo! Uno de los mejores pitcher de todos los tiempos. Lanzó un juego perfecto, ¿cierto? ¡Tengo su tarjeta por encima de todas!

—Así es. El tercer juego perfecto de los seis contados hasta ahora y el primero de la era moderna en 1904. Récord por más innings lanzados y la marca inigualable de 511 juegos ganados en veintidós años de carrera... ¿Y si te dijera que entre mi colección más especial, la de mi caja fuerte, tengo guardado su guante?

—¡Estás de broma, abuelo! ¿Un verdadero guante de Cy Young?

—Bueno, es un estilo algo pasado de moda, pero lo he conservado y mantenido a la perfección. Cy se retiró del juego estando en la cima de su carrera durante 1911 y regresó a la vida de su amada granja en Ohio, donde vivió hasta hace apenas tres años. Tuve oportunidad de conocerlo en 1937 y fuimos amigos hasta su muerte en 1955.

—¿En serio conociste a Cy Young?

—Así es. Y no sólo tengo su tarjeta firmada, sino que ahora voy a contarte cómo fue que me regaló uno de sus guantes, el más especial, el del juego perfecto.

—¡Wow! ¡Estoy flipando porque me lo cuentas abuelo!

—Yo tendría unos treintaitrés años por aquel entonces y estaba en mi apogeo con la venta de tractores. El destino me llevó a Ohio y fui a dar a su granja. Mientras conveníamos la venta de un novedoso Oliver Red, me invitó a pasar a su casa. Miré los trofeos y las fotos; me quedé de una pieza. Entonces, lo reconocí. Casi lo abrazo de la emoción. Conversamos y en la siguiente visita le pedí que me autografiara su tarjeta. Me confesó que él también era un gran coleccionista de cromos. Nos hicimos amigos y establecimos correspondencia.

En una de sus cartas, me contó que ambicionaba una tarjeta que no había podido conseguir, una muy especial y bastante rara ya para esa fecha: la de Ty Cobb. Yo la tenía, por lo que me pareció un buen gesto enviársela por correo. Reconozco que me dolió desprenderme de ella, era la de 1914 con un hermoso fondo rojo, pero la amistad, como el béisbol, se gana y mantiene a base de sacrificios.

—¡Ty Cobb! ¡Esa tarjeta valdría un montón de pasta ahora! ¿Y qué pasó después? —preguntó Nolan, visiblemente emocionado.

—Sin esperararlo, por supuesto, Cy me envió a vuelta de correo un paquete. Dentro venía un guante negro de piel, con una tarjeta que decía: “Para mi amigo Ted, el guante de un juego perfecto que estrecha una amistad perfecta”.

—¡No me lo creo!

—Pues ver para creer. Dame un segundo mientras voy por él.

Era un guante de época. Una obra maestra hecha a mano con el material más fino y flexible: piel de caballo negro, forro completo sin acolchado en la palma para permitir un mayor contacto con la bola y reforzado en su estructura con cordones de cuero de cordero. Distaba de la figura imponente de los guantes modernos, parecía más uno de esos guantes empleados por las abuelas para sacar las cosas calientes del horno, sólo que, en vez de tela, estaba confeccionado de una piel negra y lustrosa.

Nolan se quedó de piedra, sin atinar a tomar aquel preciado trofeo entre sus manos, a pesar de que su abuelo se lo ofrecía con una sonrisa.

—Adelante, hijo. Tómallo, pruébatelo.

—¿En serio?

—Si te queda, puedes contar con él para tu juego de mañana.

Nolan estrechó el guante entre sus manos y evaluó el peso. Le pareció extrañamente liviano. Introdujo la mano derecha en su interior y sintió cómo era abrasada por un almohadón de plumas.

—¿Crees que el entrenador me dejará jugar con él?

—Supongo que no tendrá una objeción válida al respecto. ¿Qué dices? ¿Lo probamos? Debo tener una bola por aquí...

El resto de la tarde, y hasta entrada la noche, nieto y abuelo lanzaron y cacharon tantas bolas como las que seguramente ese mismo guante había recibido a manos llenas.

—¡Es perfecto, abuelo! Siento como si la piel del guante fuera una extensión de mí.

—Supongo que para eso fue hecho. ¿Qué dices? ¿Te animas a llevarlo mañana?

—¡Estaría de lujo! Pero es tuyo, abuelo. Es un recuerdo valioso de tu colección y, sobre todo, el regalo de un amigo.

—En eso tienes razón. Es uno de los objetos más valiosos que poseo, pero te aseguro que si ayuda a que ganes ese partido mañana, será la mejor inversión que habré hecho en mi vida. Al final, para eso están las cosas que importan en el béisbol; para mantenerse vivas a través del juego y no como simples adornos para exhibir. Créeme, hijo, llévalo mañana, gana ese juego y demuestra que eres un verdadero merecedor de su legado.

—Si estás seguro de eso, abuelo... ¡Lo haré!

Al día siguiente, Nolan, pitcher estrella del equipo escolar de los metropolitanos, hizo posible la magia de un juego perfecto, uno que no quedaría registrado en los que llevan número en las Grandes Ligas, pero que pasaría a la historia del béisbol local de aquella época, como un referente que duraría años y serviría para demostrar que hasta en los niveles más ínfimos, el béisbol es fiel a la magia del juego.

El juego había terminado y Mickey se zampaba el resto de un hot dog que empujaba con una zarzaparrilla. Aún con la boca llena, preguntó emocionado a su viejo amigo:

—Ese guante, el que le prestaste a Nolan... Poco antes de empezar el juego me dijo que había pertenecido a Cy Young, ¿es cierto, Ted?

—No, Mickey. Contigo debo confesarme, y supongo que con Nolan lo haré en su momento. Ese guante nunca perteneció a Cy. El guante que Nolan usó hoy es el mismo con el que jugué durante mis años de lanzador juvenil.

—¡Cielos! No sé por qué, pero lo sospechaba. Aunque te juro que en algún momento pensé que en verdad tenías un guante de "El Ciclón" Young.

—¡Y vaya que lo tengo, viejo amigo! La historia de cómo me lo regaló es tan cierta, como el hecho de que Cy usó ese guante para su juego perfecto contra los Athletics de Filadelfia el 5 de mayo de 1904. Sin embargo, el guante original sigue a buen recaudo en mi caja fuerte. Algún día será de Nolan, pero hoy tenía que hacer que el chico ganara este juego por él mismo. Tú lo sabes, Mickey: el béisbol es un campo de sueños que no termina en apenas nueve entradas.

Torito

[CUENTO]

GIBRÁN JALIL GONZÁLEZ TREVIÑO

Me trae muchos recuerdos verlos ahí sentados, temblorosos, con la vista perdida y con una cara de incertidumbre que ni el mismísimo Cristóbal Colón tenía cuando se vino a la aventura para descubrir el Nuevo Mundo. A veces siento como si todo fuera un triste y macabro *déjà vu* y me viera a mí mismo como la primera vez que ingresé a este anexo. Tal como ustedes, yo tenía problemas de alcoholismo y empezaba mi penoso viaje por el mundo de las drogas.

No sé ustedes, pero a mí me trajeron con engaños. Me dijeron que hiciera la maleta con todo lo necesario porque íbamos a ir de vacaciones a Mazatlán y terminé en este lugar. La verdad, se aprovecharon de mi inocencia y que tenía como una semana en el viaje astral; había tocado fondo. La última vez que fueron por mí, iba en un camión de ruta riéndome por todo y comiéndome un chicharrón con salsa y un litro de leche en la mano. Estaba tan intoxicado como para darme cuenta de que el viaje era imposible y más si mi papá no se despegaba de la fábrica ni para los cumpleaños, menos para una semana en la playa.

La primera impresión de este lugar te descuartiza. Estás acostumbrado a estar todo el día pegado al mini split, con diecinueve grados. De pronto, te encuentras en un lugar sin siquiera un triste lanza llamas, en donde te encierran en un cuarto de dos por dos metros y, lo peor de todo, no te dan comida, ni mucho menos algo de lo que acostumbrabas a tomar o fumar. Sobrevives a base de agua; con temblores en todo el cuerpo y un dolor de cabeza que hace que sientas que te vas a partir en dos. Si existiera una definición del infierno y de la relatividad, sería este lugar, en donde un día se siente como un año.

Así transcurrió una semana hasta que, después de conciliar el sueño, luego de tres días, desperté sin saber realmente qué hacer. Lo primero que vi cuando me sacaron de ese cuarto fue un llano polvoriento, saturado de piedras y arropado bajo un sol de cuarenta grados. Me llamó la atención ver a dieciocho personas felices jugando béisbol. Digo que me sorprendió porque jamás en mi vida había visto a alguien que disfrutara estar a esa temperatura, en pleno mediodía, haciendo deporte. Tal vez esa alegría o esas ganas fueron las que hicieron que me acercara a ellos y que me animara a tratar de jugar.

No les voy a contar una hazaña heroica, ni mucho menos les voy a decir que revolucioné el juego porque, para ser sincero, me tuvieron esperando como media hora para entrar a batear y después hice el ridículo abanicando en tres ocasiones,

por lo que me cantaron el famoso “ponche”. Después, como jardinero derecho, me mandaron a cubrir un campo y la única bola que cayó no la pude atrapar y al lanzarla, por inercia, la mandé a home con una fuerza extra que hizo que la pelota se saliera del campo. Fue ahí que caí en la cuenta de que de plano no sabía qué estaba haciendo; no tenía idea cómo funcionaba la maquinaria de este hermoso deporte.

Lo que sí descubrí fue que, por alguna extraña razón, tenía un buen lanzamiento, fuerte y preciso, porque le imprimía a la bola todo el coraje y energía que yo tenía. También, me percaté que me encantaba la adrenalina y esa sensación de estar cara a cara con el pitcher y tratar de reventar esa bola. Son sensaciones que hasta el día de hoy me acompañan. Además, penosamente descubrí que no tenía condición física, ya que si corría más de dos bases mi corazón latía como si quisiera salirse y el contenido de mi estómago explotaba sin poder detenerlo, por lo que sin planearlo empecé a prepararme para correr y no hacer el ridículo.

Transcurrieron las semanas. Mi técnica y condición mejoraron. Descubrí que me encantaba pichar. Era como una batalla cara a cara contra el bateador; demostrarle quién era el mejor y quién dominaba el juego. El hecho de practicar todos los días hizo que la bola me contara sus secretos; descubrí que si la lanzaba o tomaba de diferentes formas, ésta tomaba varios efectos. Con cada intento, era como si la bola me dijera cómo

dominarla y yo, a su vez, le decía al mundo que ahí estaba luchando contra él, con cada lanzamiento. Lo hacía porque me gustaba y porque en el fondo quería estar exhausto para no distraerme en otra cosa, ni pensar en esas tonterías de escapar de la realidad utilizando drogas o alcohol.

No sé si mi entusiasmo me dio cierta fama, pero cuando menos esperaba, ya tenía gente que veía mis juegos, hasta existía un reto que se hizo viral en las redes sociales, en el que se retaba a los bateadores a repeler mis lanzamientos. Considero que lo que me dio fama fue cuando llegó un jugador norteamericano de la Liga Mexicana que respondió a mi reto. Imaginen la escena: un campo en medio de la nada, lleno de desconocidos con celulares que grababan a un pitcher, ex *junkie* de dieciséis años, contra un jugador profesional. Todo transmitido en vivo por las redes. La verdad era un circo. Como yo no tenía nada que perder, y me importaba un carajo qué pasaría, con gusto acepté el reto.

Primer lanzamiento: una bola recta a más de noventa millas por hora que, evidentemente, impresionó al amigo profesional, quien pudo defenderse al rozarla, haciendo que se fuera de foul.

Segundo lanzamiento: una curva que casi fue conectada por el bateador y que dejó a todos serios. Parecía como si hubieran visto un dinosaurio de *Jurassic Park* y nadie quisiera hacer ruido por temor a espantar el momento.

Tercer lanzamiento: le metí todo lo que traía y lancé la bola como si fuera el último tiro de mi vida, en el que, según yo, alcancé una velocidad de más de cien millas por hora. El resultado: una abanicada que ni yo me la creí. De hecho, nadie se la creyó y los que estaban transmitiendo empezaron a gritar y festejar como si México hubiera ganado el Mundial.

Ese acontecimiento hizo que dos jugadores profesionales más vinieran a retarme, obteniendo el mismo resultado. Imaginen la fama que da eso y más sabiendo cómo empecé a jugar.

Después, llegaron varios entrenadores de la liga profesional mexicana y me ofrecieron becas y contratos. A final de cuentas, yo era un muchacho de dieciséis años que había salido de las penumbras arropado por el béisbol. Al principio no sabía qué hacer, pero gracias a Dios todo empezó a fluir en el buen camino.

Mi primer campeonato lo logré con Acereros de Monclova a los dieciocho años, devolviendo la alegría al pueblo que creyó en mí y que me dio uno de los momentos más bonitos que he vivido. Aunque para ser sincero, nada se compara con el hecho de ver que mi historia sirve de ejemplo a los demás, que día a día me encuentro patrocinando ligas y que de ellas han salido jugadores importantes.

Lo demás es historia. Ya saben que ahora estoy en las Grandes Ligas, en los Estados Unidos. Me apodaron “Torito”,

por mi parecido con “El Toro” Valenzuela, pero siento que me falta mucho para compararme con él.

La moraleja es: si están en este lugar es porque no han encontrado un propósito en su vida, no saben para qué vinieron al mundo y se les hace fácil tomar salidas para escapar de la realidad. No les digo que sean beisbolistas, pero sí que deben enfocarse en encontrar su destino en la vida. Por ello, regreso cada año al lugar donde empezó todo, para ver si encuentro un sucesor, a alguien que le guste “El rey de los deportes”.

¿Qué les parece si echamos una reta para romper el hielo y ahorita vemos cómo mejorar su estancia?

La liga de mis emociones

[CUENTO]

ROCÍO SOTOMAYOR VELIS

Para Santiago

Octubre de 2049. Se habían ido a extra innings. Era la parte alta de la onceava, en la final de la Liga. El juego iba 11-10, favor Acereros. El mejor bateador de los Diablos Rojos tenía un hombre en tercera y otro en primera. En ese momento, la pizarra marcaba tres bolas, dos strikes y dos outs. Silencio absoluto. El pitcher soltó la bola y Mariselo Fuentes conectó un batazo a la zona de short stop, en donde César “S” Quirino voló de manera increíble a su costado derecho para atrapar la “bola de aire” y realizar el tercer out.

En Monclova, que sabe de estruendos, jamás se había escuchado uno igual. El horno más grande de México retumbaba de alegría por su primer campeonato. La afición tenía setenta y cinco años esperando ese momento y la ciudad entera vibraba de emoción. ¡Los Acereros del Norte habían hecho sentir jonroneros a todos!

La gente lloraba y cantaba el himno de su equipo. Algunos aplaudían y otros se abrazaban, aunque no se conocieran.

La porra sonó sus tambores. “La Furia”, que no paraba de bailar, se dejó caer al piso de rodillas y alzó los brazos al cielo, mientras los jugadores gritaban y saltaban, y empapaban a su entrenador.

El estadio era una fiesta, en donde, además de la dicha, estallaron luces blancas, rojas y azules para celebrar. “S” Quirino, extasiado y tendido boca arriba sobre el pasto, disfrutaba de aquel caleidoscopio de euforia, cuando de pronto comenzó a extraviarse en imágenes de otros mundos, de otros tiempos y espacios.

Ante sus ojos: persas con palos rústicos, estadios de arquitectura fascinante, “El Rajá” rompiendo su récord de bateo en 1926, egipcios con bolas de cuero rellenas de raíces, periodistas galácticos, Babe Ruth con sus 2 mil 113 carreras producidas, griegos en juegos rituales, chavos jugando “veras”, Europa medieval barriéndose para anotar y Ted Williams concluyendo su temporada número diecinueve entre dos guerras en las que sirvió a su país como piloto del cuerpo de Marines. Lanzadores verdes pequeñitos usando la técnica del tirabuzón de “El Toro” Valenzuela y esferas de piel luminiscente recargables con la energía de la afición, indígenas de las colonias de América, “Stan the man” al momento de su jonrón número 475, afroamericanos luchando por ser aceptados en las ligas, comentaristas con micrófonos de válvulas, soldados invasores en el puerto de Veracruz utilizando como bate la pata

de palo de López de Santa Anna, y Willie Mays en su último juego de estrellas. Bat boys multiversales, abuelas deshilando calcetines para los nietos que hacen sus propias bolas, un catcher de tres ojos y piel grisácea portando guantes ultra sensibles, a Mickey Mantle con sus mil 509 carreras impulsadas usando ambos brazos, hombres haciendo costuras con puntadas cruzadas, líneas de prensa anunciando que Joakim Soria sería contratado por los Dodgers y diamantes con corredores de piso extraterrestre. También vio a Roberto Clemente recibiendo su doceavo guante de oro, vecinas protestando porque los chavos de la cuadra les habían roto de nuevo las ventanas y botargas extravagantes en holograma; cuando de repente, una voz cercana, pero muy cercana, interrumpe abruptamente su viaje a través del tiempo.

—¡César! ¡César! ¿Podrías firmar mi camisola? —le dice un chico, visiblemente emocionado, como de diez años.

—¡Por supuesto! —contesta, mientras se levanta, toma el plumón y le pregunta cómo se llama.

—¡Como tú! ¿A poco no me reconoces? Mira, ahí está tú mamá; quiero decir, la mía o como sea. Vinimos a decirte que estamos orgullosos de ti. Bueno, me tengo que ir. ¡Ey! Gracias por cumplir tu sueño, digo el mío. ¿Entiendes lo que digo, cierto?

—¿Insinúas que tú y yo somos la...?

—¡Ja, ja, ja! Ahora sí me voy. ¡Adiós!

—¡Adiós! —responde “S” Quirino, ponchado en ese instante por sí mismo, pero inmensamente feliz de conocerse como nunca antes.

Con agradecimiento y cariño para mi tío Juan Manuel Sotomayor Quirino, por los recuerdos de una infancia junto a mi padre.

Monclova, Coahuila, México. Agosto de 2019.

La conocí.. y no la dejé ir!

[CRÓNICA]

LEONARDO GÓMEZ

A principios del año, por gracia del destino e intervención divina me encontraba en el Aeropuerto Midway, esperando el arribo de una persona que venía a este país con ganas de obtener una experiencia que le ayudara a superar la difícil situación laboral que, en los últimos meses, se le había presentado en su ciudad natal: Monclova, México. Conocida de mi hermano y recomendada por él, acepté gustosamente ayudarla en lo que yo pudiera.

Aunque ese aeropuerto no era el más ocupado de la ciudad, mucha gente empezó a salir por el andén de las llegadas. Varios vuelos habían aterrizado en ese momento y el tránsito de pasajeros parecía multiplicarse ante la prisa de algunos, la tranquilidad de otros, la desesperación de varios y la felicidad de todos al buscar su destino a seguir. Ni yo conocía a ella físicamente, ni ella a mí. Habíamos hablado telefónicamente días antes y la indicación fue sencilla: “Estaré vestido de sacerdote”, así podrás identificarme.

Mientras esperaba, aprovechaba el tiempo para regresar algunas llamadas telefónicas pendientes de mi trabajo. Después

de unos minutos, se aproximó a mí una mujer hermosa y joven que vestía un entallado pantalón de mezclilla que resaltaba su figura y una chamarra blanca a la cintura. Nuestro primer intercambio de palabras fue básico: preguntó si yo era el hermano de Efraín y, ante esa pregunta y esa realidad, respondí positivamente. Sonreímos y juntamos nuestras manos templadamente y nos dimos un beso en la mejilla, en señal de saludo.

Ese fue el primer momento en el que los dos paisanos se encontraron en esa hermosa ciudad extranjera, gracias a mi hermano y los conocidos en común. Le indiqué el camino para recoger su equipaje y después, juntos y conversando trivialmente, nos dirigimos hacia el estacionamiento. Mientras conducía por las calles de la ciudad, hablando de todo y de nada a la vez, empezamos a conocernos. Gratamente, la plática nunca faltó; era como si las dos almas sintieran la necesidad de compartir una con otra, a pesar de que tenían tan solo unas cuantas horas de conocerse. Había muchas cosas que decirse.

Esa tarde cenamos juntos. Después, le pregunté si había algo que quisiera hacer, por lo que me pidió un favor especial: que la llevara por donde estaba el estadio de béisbol Wrigley Field. Ella sabía que aún no iniciaba la temporada pero, como buena aficionada a “El rey de los deportes”, quería al menos conocer ese histórico estadio, casa de los Chicago Cubs. Esa fue una noche fría de febrero, pero le cumplí el deseo de conocer los alrededores de “The Friendly Confines”.

Con el paso de los días, nuestra amistad creció y el querer pasar tiempo juntos fue más que evidente. También fue una clara muestra del gusto que sentíamos el uno por el otro, y no desaprovechábamos cualquier oportunidad para disfrutar de la compañía mutua. Independientemente de lo que hiciéramos, casi siempre culminábamos el día manejando por el estadio de béisbol o disfrutando de una buena cerveza en otro ícono de la ciudad: The Cubby Bear, un famoso bar y restaurante ubicado justo enfrente del majestuoso Wrigley Field.

Habíamos ya pasado el sábado 14 de febrero juntos en el Signature Lounge del piso noventa y seis del edificio John Hancock. Tomé la decisión de invitarla a ese lugar para conversar con ella y expresarle algunas situaciones importantes en mi vida. Yo ya había empezado a sentir algo especial por ella y de alguna manera quería conocerla más para preparar el momento de dejarle saber aquel sentir. Quedamos que nos volveríamos a ver al siguiente día, el domingo 15 de febrero.

Ese día realizamos algunas compras que ella necesitaba. Después, la invité a cenar y me comentó que le gustaría la comida asiática. En aquel momento, sólo se me ocurrió llevarla a Benihana, un restaurante conocido por mí y que, además, ofrecía sushi. Luego de batallar un poco por encontrar el lugar y esperar a que asignaran nuestra plancha, cenamos y conversamos. Entre comida, risas y cerveza Sapporo, lo

confirmé: ella era una persona especial, enviada por Dios, sin lugar a duda, que en cada una de sus acciones, palabras y reacciones aseveraba ante mis ojos que era alguien con quien concluyentemente valía la pena pasar el resto de mi vida. Sus ganas de vivir, superarse y salir adelante la convertían nada menos que en un tesoro que no quieres dejar escapar. ¡La conocí!

Desde su llegada a la ciudad, compartió conmigo que siendo niña se hizo aficionada a los Cachorros de Chicago, gracias a la trasmisión de los juegos por televisión por cable. A partir de entonces, creció en ella el deseo de estar presente en un juego de béisbol en el histórico Wrigley Field. Ella había nacido y crecido en Monclova, una ciudad tradicionalmente beisbolera, en la que la televisión por cable hacía posible que la gente viera los juegos de los dos equipos profesionales de Chicago: Chicago White Sox y Chicago Cubs.

El canal de televisión WGN de Chicago era retransmitido en Monclova, y gracias a esto mucha gente en la ciudad desarrolló un afecto especial por alguno de estos dos equipos y, en general, por las Ligas Mayores. Chicago Cubs, a pesar de los resultados obtenidos por años, tiene algo especial; es uno de los equipos más populares entre los aficionados. Eso especial hizo que ella también se sintiera atraída por ese equipo. Mi atracción por ella había crecido ya, este sentir era algo nuevo en mi vivir y deseaba compartir mi ser con una

persona así, sentía las ganas de buscar construir un futuro que se vislumbraba más que promisorio con una mujer así.

Mi deseo por complacerla e impresionarla me hizo luchar decisivamente por encontrar boletos para el juego inaugural. Todo esto me movía a luchar sin descanso y además tenía una promesa de ella: si lograba llevarla al juego inaugural, yo tendría mi “premio”. Sin saber cuál sería éste, luché aún más por conseguir esos valiosos y deseados tickets. “Tengo que llevarla al juego”, me decía yo mismo. Se trataba de hacer realidad su sueño y, gracias a su promesa, consecuentemente el mío también. Muchas cosas pasaban por mi mente ante tal posibilidad y el corazón se me aceleraba estrepitosamente sólo de pensar en la oportunidad presentada y ahora tan deseada.

Los años que tuve la dicha de vivir en el Medio Oeste de los Estados Unidos, fueron siempre caracterizados por un invierno extremadamente frío y de “largos” meses, al menos eso parecía para este monclovense, donde las nevadas y las heladas eran frecuentes. Aunque el clima aún daba muestras de un crudo invierno, y siendo el mes de abril, cuando los entrenamientos de la primavera estaban por finalizar y la temporada regular a punto de iniciar, yo no podía dejar de pensar en la promesa que nos habíamos hecho desde su llegada a “La ciudad de los vientos”.

Después de buscar por distintas agencias y revendedores, hice lo que tenía que hacer para conseguir los dos boletos al

preciado y deseado juego inaugural. Wrigley Field es el estadio en el que casi siempre los aficionados llenan las butacas durante los juegos, por lo que el encontrar boletos para el partido inaugural es una odisea, un poquito más difícil que el conseguirlos para un juego de temporada regular. Sin embargo, hice lo que tenía que hacer: ¡conseguí ese par de entradas!

Llegó el día esperado y, a pesar del clima y el viento, asistimos. Presenciar un juego inaugural ahí, en ese lugar histórico para el béisbol profesional, fue una experiencia única, pero con sinceridad puedo decir que, a pesar de la derrota ante los Piratas de Pittsburgh, el sabor a victoria nunca dejó de hacerse presente en mi persona. Los Cubs perdieron el juego inaugural, es verdad, pero yo gané, y gané bien. Este fue el sello que hizo que nunca más nos volviéramos a separar. Mi premio ha sido, desde ese entonces, el compartir mi vida junto a una monclovense por quien vale la pena dejarlo todo. La conocí... ¡Y no la dejé ir!

Crónica de un campeonato

[CRÓNICA]

HUMBERTO JAVIER SALAZAR ANDRADE

Fue entonces cuando el mánager, en un último intento de remontar el marcador, reunió a todo el equipo y con entusiasmo dijo: “Vamos perdiendo. Si vamos a perder, vamos a perder jugando...”.

Los momentos infantiles son los que más dejan huella en nuestra vida, más aún aquellos que nos dejan aprendizajes que se quedan adheridos a nuestra mente y corazón. Entre todos esos recuerdos, el béisbol, para quien lo ha aprendido y jugado toda la vida, es mucho más que un bate, un guante y una pelota.

La esencia de este deporte la constituyen los detalles: la lanzada perfecta de un pitcher, la cuenta de bolas y strikes, el batazo de sacrificio, las jugadas a la ofensiva o defensiva, hasta el mismo estado anímico de los jugadores y público. Cualquier cosa puede ser trascendental durante un partido.

Corría el año de 1977. En la villa de Agujita, municipio de Sabinas, Coahuila, vivía Javier Salazar, un niño de apenas once años, aficionado al béisbol y con grandes deseos de convertirse en un excelente jugador. En una de esas calurosas

tardes veraniegas, en el ambiente beisbolístico infantil, se realizaba un juego final y decisivo entre los Diablos Rojos del barrio cuatro contra el equipo de la Escuela Primaria “Adam A. Rocha”, del barrio dos.

Apenas empezaba a caer la tarde, cuando a eso de las siete y media se encendieron las candilejas del parque infantil de Agujita, uno de los primeros en la Región Carbonífera que contaba con alumbrado para que los pequeños de nueve, diez y once años empezaran a soñar con ser grandes jugadores en “El rey de los deportes”: el béisbol.

Javier y tres de sus amiguitos permanecían sentados, expectantes y en silencio, pues eran los novatos jugadores de banca. En ese momento, y sin perder tiempo, el *mánager* inició el calentamiento, motivando a todos a hacer su mayor esfuerzo en ese encuentro de campeonato.

Se inició el juego y, a lo largo de cinco entradas, los Diablos mostraron su poderío y se fueron arriba en el marcador. El semblante del *mánager*, Norberto “El Prieto” Pérez (+), demostraba enojo y desesperación, al saber que las entradas avanzaban y la diferencia era de cuatro carreras.

El tiempo transcurrió y llegó la parte alta de la séptima entrada. Era la última oportunidad del equipo de Javier. En la caseta sólo se veía el desánimo y las caras tristes, tanto del *mánager*, como de los jugadores. Fue entonces cuando “El Prieto”, en un último intento para remontar el marcador, reunió

al equipo y con entusiasmo dijo: “Si vamos a perder, vamos a perder jugando”. El *mánager* dio varios aplausos para animar al equipo y los jugadores se le unieron con gritos y gran algarabía.

Ante el asombro de todos, se mandó llamar a batear a un jugador de la banca: Tomás Álvarez. ¡Era algo inexplicable! Pero el *mánager* fue claro al decir: “Si vamos a perder, vamos a perder jugando”. Su deseo era que todo su equipo, incluyendo a la banca, jugara esa noche, una noche hasta ese momento triste y desolada.

Tomás empezó con un hit, aún había algo de esperanza de avanzar en el marcador. El siguiente en batear fue otro jugador de la banca, quien logró embasarse con una base por bolas. Fue entonces que, para algunos jugadores, incluso para el mismo *mánager* y aficionados, nacía la posibilidad de anotar carreras para acercarse en el marcador.

En ese momento, el mayor deseo de Javier, todavía en la banca, era que no lo llamaran a batear por ser un momento clave en el encuentro; eso representaba mucha presión para él. Sólo quedaban dos en la banca y el *mánager* gritó: ¡Salazar, a batear! Tímidamente, Javier tomó el bat y con cierto temor se encaminó a home, volteando hacia las gradas llenas en las que, aun siendo un parque pequeño, se reunían aproximadamente trescientos cincuenta aficionados que gritaban, unos a favor y otros en contra.

El turno al bat de Javier fue favorable, porque también se embasó con base por bolas. Se había llenado la casa. La emoción aumentó cuando los siguientes bateadores armaron un rally de carreras, logrando empatar y superar el marcador por una carrera. ¡Era algo increíble! La estrategia moral del mánager, de darle oportunidad a la banca de jugar, sobre todo en momentos tan difíciles, fue sin duda crucial. Seguramente, ningún mánager lo hubiera hecho. Aun así, esto lo llevó a lograr su objetivo.

El equipo de Javier estaba ganando, pero aún faltaba lo más difícil en un juego de béisbol: sacar los tres últimos outs. Continuaba la presión para Javier, quien deseaba que regresaran al campo sus compañeros titulares para asegurar la defensiva, pero la decisión de “El Prieto” Pérez fue que los jugadores de banca volvieran a defender la última entrada, que iba a estar difícil porque al bat venían los de arriba en el line up.

En esa parte del juego, Javier estaba en primera base, parecía nervioso e inquieto, ya que sabía de la posibilidad de participar en alguno de los tres outs tan ansiados y, aunque deseaba que eso no sucediera, sucedió. En la primera jugada salió una rola de frente al tercera base, quien al lanzar la pelota a primera, hizo que ésta llegara de piconazo, pero Javier logró atraparla para que cayera el primer out.

El siguiente bateador sacó un elevado de foul por el lado

de primera. Javier, dando la espalda a home, corrió tan desesperadamente que, al girar, se cayó, pero ya en el suelo estiró el guante haciendo una gran atrapada. Javier quedó a un escaso metro de una cerca de madera, desde ahí vio a muchos aficionados festejar la atrapada y logró escuchar en el radio que cargaba uno de los presentes, la narración del juego por la XENR de Nueva Rosita, Coahuila. Se emocionó oír al locutor que detallaba la jugada y mencionaba su nombre. Javier logró el segundo out; eso lo motivó a continuar con la hazaña.

Sólo faltaba un out; el más difícil. El siguiente bateador tomó la primera base al pegar de hit, poniéndose la situación muy tensa porque venía el cuarto bat a tratar de empatar, ganar y dejar en el terreno al equipo de la Escuela Primaria “Adam A. Rocha”. El cuarto bat de los Diablos era Jorge Gaytán, un zurdo buenísimo, quien años más tarde participara en la Liga del Norte de Coahuila, llegando a ser prospecto para la Liga Mexicana. La tensión seguía aún más para Javier, que a pesar de su motivación por participar en los dos primeros outs, le incomodaba la idea de que saliera un batazo por la primera.

Última entrada, dos outs, corredor en primera y bateando Gaytán, juego que mantenía a la afición al filo de la butaca, juego no apto para cardiacos. Por fin vino el batazo: una línea candente y directa a la primera base. El corredor que intentaba llegar a segunda, pasó frente a Javier y tapó en fracción de segundos la trayectoria de la pelota. Es ahí donde sucede para

algunos el milagro, para otros la suerte o “chiripa”; por instinto de conservación y por reflejo, Javier levantó su guante a la altura de su cara y asombrosamente se quedó con el último out, el de la victoria.

¡No lo podía creer! La pelota estaba en su guante. Lo habían logrado; ganaron el campeonato viniendo de atrás. Triunfaron gracias a una decisión acertada de su mánager, de verse casi derrotado, pero con el deseo de que todos los integrantes de su equipo tuvieran participación, ganaran o no.

Fue así como el equipo de la Escuela Primaria “Adam A. Rocha” logró el campeonato en ese inolvidable verano de 1977, dejando enormes satisfacciones en todos los participantes y quedando, desde ese entonces, una gran enseñanza para Javier Salazar: el béisbol está lleno de jugadas, estrategias, sorpresas y emociones, y que a pesar de ir perdiendo en un juego, nunca hay que darse por vencido, ni bajar la guardia, sino tener la actitud y el optimismo para continuar luchando hasta lograr la victoria.

Desde ese campeonato, Javier constató que el béisbol en verdad es “El rey de los deportes” y las palabras de su mánager las siguió aplicando como una metáfora en su vida. Sin duda, estas palabras lo han llevado a conseguir muchos triunfos: “si vamos a perder, ¡vamos a perder jugando!”.

La milla de Vinicio: 1,600 metros Saltillo-Denver

[CRÓNICA]

JOSÉ DEL BOSQUE JOCH

A Aurelio “Monty” Monteagudo, mánager, in memoriam.

Cuando caía la tarde del 4 de julio de 1967, el cielo de verano relampagueó en bengalas de luz roja y pólvora azul. En un pedazo del mundo se cernía la brisa húmeda de las noches que no tienen escuela del día siguiente. Además de los cohetes que silban de refilón entre los metales de tantas ruedas de la fortuna, otros artefactos de propulsión sobrevolaban el planeta. Apolos y Soyuz. El aire olía a humo. Y en cada patio crepitaban las chispas que anuncian la cena. Ese pedazo del mundo no estaría completo si los reflectores que congregan flotas de polillas no se yerguen delante de un campo de béisbol. Porque ese día, en el fondo, la verdadera emoción que le quita el sueño a los niños no tiene que ver con símbolos o declaraciones de independencia. No. Se trata del júbilo que provoca un momento capaz de suspender el tiempo y partir por la mitad un calendario que no admite clases de matemáticas. Es la noche del año en que circulan estampas con orillas desgastadas y hombres en el aire que cazan un astro

blanco de cuero. Se escuchan ruidos súbitos provenientes de un trozo de madera. El pasatiempo predilecto de ese país tiene una fecha que pareciera dedicada a él. Y se lo merece.

Entonces, ¿nacer el 4 de julio guardará algún guiño al destino? Más al sur parece comenzar una historia. El mundo da la bienvenida a más niños. En todas partes. Y en Oaxaca, también. Al noroeste de la capital de ese estado, cerca de Tehuacán, está un lugar llamado Huautla. En aquel año de 1967 corrían leyendas y disparates que ubicaban a un Dylan o un Lennon recibiendo consejos cósmicos en ese rincón de la sierra mazateca. Hordas de jipis provenientes de todo el mundo acudían al llamado de la cascada e instalaban comunas bajo el techo del cielo. En realidad, les hablaban al oído pequeños brotes del reino fungi que crecían entre la tierra mojada.

Ese mismo año, una versión chihuahuense de Babe Ruth obtenía el campeonato de bateo de la Liga Mexicana de Béisbol. Con su número 21 en la espalda, Héctor Espino disparaba bombas de sultán más allá de las alambradas. Los Ángeles de Anaheim lo rondaban, pero su casi trescientos ochenta de porcentaje de bateo lo tasaba en dígitos de cuatro esquinas. Eran días en que el mundo se rebelaba contra la guerra. Jimi Hendrix empuñaba una guitarra flamígera. Los Beatles eran reclutados por el “Sargento Pimienta”. La Luna parecía cada vez más cerca y el 4 de julio nació en el valle oaxaqueño un niño llamado Vinicio.

En aquellas latitudes corre, con rumores y sonidos, el río Atoyac. Va a parar hasta los anillos de piedra que penden de las paredes del juego de pelota en Monte Albán. ¿Pero qué pasa cuando la imaginación hace cruzar por ese círculo a una pelota de listones rojos en lugar de la esfera de caucho? Lo que sucede es Vinicio, el hijo del matrimonio Castilla-Soria. Viene bajo la protección de la princesa Donají de Mitla y la custodia de la Virgen del Carmen que se desplaza con la procesión de la Guelaguetza, la misma que ya migra a los Estados Unidos y cambia los “Lunes del Cerro” por el *sunday* veraniego. Hasta que “salga el sol por Antequera”, que la bola sí pudo volar sobre las ruinas mixtecas y la catedral de los dominicos.

Lo único es que esta “nueva” Antequera es el terruño de Vinicio y no es tan malagueña. Es más verde de follaje, capaz de cruzar fronteras. Habrá que decir adiós por un tiempo al agua de guanábana y a las iguanas con corteza de alebrije. Los sueños que miden muchos pies de altura se forjan con la misma caricia con que se trabaja el barro negro. Se adhieren al guante y al madero. El papá de Vinicio se pasa un trago de aguamiel sabor añoranza. “¿Lo lograré?”, él piensa, mientras la canción mixteca se trepa a las cuerdas trémulas de la guitarra de Ry Cooder, la que le obsequió Eric Clapton, y se escucha: “Qué lejos estoy del suelo donde he nacido, inmensa nostalgia invade mi pensamiento”. El resto es historia.

Una tarde lluviosa de agosto de 2019, me recibe Víctor Favela del otro lado del auricular. Sinaloense de cepa, este hijo

pródigo de Guamúchil defendió la tela de color sarape, al grado de enamorarse por completo de Saltillo para echar raíz. Y lo hizo desde varios frentes. Del terreno hacia fuera. Me platicaba cómo el señor Castilla titubeaba mientras su hijo empacaba un hatillo con bate de por medio:

—¿Y si no la arma? Lo que quiero es que estudie —le comparte a Favela, gerente deportivo de los Saraperos, quien escudriñó la brújula hasta llegar a Oaxaca.

—Vamos a intentarlo un año; si él ve que no es lo suyo, se regresa.

Esa tarde Vinicio partió a Querétaro para sumarse a la pretemporada del club saltillense. No iba a ser fácil. Originalmente, fildeador natural de paradas cortas, se topó con la presencia estelar de un shortstop, como Alejandro Gómez. Sin alinear constantemente en el cuadro, no podría saber si realmente estaba labrado para tal arcilla. Víctor Favela discernía mientras los Acereros de Monclova solicitaban los servicios de un parador en corto. Quizá cedido a préstamo por un tiempo, podría calibrar sus posturas y *swing*.

A partir de aquí, la clave residirá en el mánager que lo recibió allá en la cuadrilla del horno coahuilense. Oriundo del festivo Caibarién de la costa atlántica cubana, Aurelio Monteagudo era un filoso estratega que durante su etapa como jugador disparaba un temible tirabuzón, maquinado a vientos de caña y tabaco. Lanzó en Grandes Ligas, Venezuela y Mé-

xico. Ahora tenía a un joven infielder ávido de hacer contacto en su line up, hasta que llegara el momento de volver a ser llamado a la capital del estado.

Corría el año de 1990. En labor de scout para los Bravos de Atlanta, Paul Snyder se ensamblaba al proyecto-granja de la tribu de Georgia. Aquel núcleo de sucursales se nutría de nombres como Glavine, Justice, Jones. Durante esa temporada, de la gerencia al terreno bajó Bobby Cox para ser ataviado como “gran jefe” de las huestes del Tomahawk. Además, de un chispazo como antesalista de los Yanquis, el espíritu expedicionario de Cox alguna vez lo llevó a recorrer los feudos de los Leones de Caracas, justamente hacia el año de 1967. Ahí compartió guarida con Aurelio Monteagudo, quien para estas alturas ya comandaba la nave del telón multicolor de Saltillo bajo la gerencia de Víctor Favela. Poco tiempo antes, los Saraperos firmarían un convenio en Nashville con los Bravos de Atlanta. El acuerdo, establecido desde la directiva del ingeniero Armando Guadiana, otorgaría preferencia a Atlanta para pruebas de prospectos.

Así fue como en ese año de 1990, Paul Snyder aterrizaba en Monterrey. Durante el trayecto a Saltillo se ponía al tanto del entorno. Iban a realizar pruebas a cuatro jugadores con posibilidades de llegar a filiales. Entre ellos estaban Vinicio Castilla y Armando Reynoso. El potosino lanzaba esquirlas por toda la liga. Ponchaba en cadencias de fusilamiento. A mi-

tad de temporada cinceló un sin hit, ni carrera contra Monterrey en el parque Madero. Todo a base de disparos con cálculo de mortero. En paralelo, Fernando Valenzuela esculpía un no-hitter contra los Cardenales, mientras Los Ángeles guardaba luto por la diva Ava Gardner, la misma musa de garbo hipnótico que años atrás se envolvió con la brisa del Pacífico en Puerto Vallarta, bajo la luna de *La noche de la iguana*.

Paul Snyder regresó a Atlanta sin novedades. Quizá algo había nublado su mirada en Saltillo. Comenzó a gestarse la ruta cuando “Monty” Monteagudo logró contactarse vía telefónica con Bobby Cox. Batallaron para obtener una respuesta. Los Sarpaperos salían de gira. Víctor Favela fue paciente y esperó al borde del escritorio. Esa misma tarde alcanzó al equipo en el campamento de visitante para comunicar las noticias. Castilla y Reynoso eran convocados a la organización de los Bravos.

Los Apalaches dieron la primera insinuación. Las montañas iban a convertirse en hilo del periplo que arrancó bajo la silueta de Zapalinamé, el férreo jefe guachichil. Era 1991 y Vinicio debutaba en las Ligas Mayores. Los ojazos sureños de Scarlett O’Hara quisieron prenderse de él, pero un vendaval abrió las tapas de *Lo que el viento se llevó*, extrajo la tinta y sugirió pintar trayecto hacia el oeste. Una franquicia emergente apuntó hacia los dos peloteros que provenían de Saltillo. A mil 600 metros sobre el nivel del mar, Denver desplegó su escenario de despegue a la misma altitud en que está enclavado el estadio Francisco I. Madero.

Era 1993 cuando los Rockies de Colorado conocieron a su eterno “Vinny”. En pocos partidos, él ya propinaba tablazos para llegar quieto hasta la antesala. Se familiarizaba con esa esquina del Coors Field, por donde corren las líneas de doscientos kilómetros por hora. Ahí iba a plantarse como un indiscutible. Así, mientras las marquesinas anunciaban el estreno de *Jurassic Park*, los diplodocus y estegosaurios del Museo de Ciencia Natural de Denver parecían recobrar vida y vibrar al mismo tiempo que los fósiles del subsuelo coahuilense.

Dos años después, aquel equipo que jugaba a los pies de las Montañas Rocallosas se alineaba como cordillera en una temible novena de poder ofensivo. Joe Girardi cubría la receptoría con tal técnica que lo catapultaría a los implacables Yanquis de finales de siglo. Los tiros de tercera a primera iban a fijar coordenadas casi visibles. Por ahí viajaría una comunicación defensiva en español puro: de Vinicio al gigantesco “Gato” Andrés Galarraga. Y, por su parte, Larry Walker forjaba su propia historia, blandiendo un descomunal cañón de madera que lo llevó a elevarse como el Jugador Más Valioso de la Liga Nacional, asiduo invitado al Juego de Estrellas, múltiple campeón de bateo y guardabosques del prado derecho del número 2001 de la calle Blake.

En aquel 1995, los Rockies se filtraron a la post temporada vía el wild card del viejo circuito. Vinny Castilla era pieza vertebral de aquel pelotón capaz de provocar el mal de montaña a casi cualquier defensiva y congelar serpentinatas

con soplos quemantes en temperaturas bajo cero. Los Bravos se atravesaron, pero ya había comenzado el capítulo uno de nueve.

La batalla de los cañeros

[CRÓNICA]

ROBERTO ESPERO JACOBO

Para cualquier chico que sea fanático de jugar a la pelota, uno de sus máximos anhelos es pisar el terreno donde sus ídolos realizan sus más grandes hazañas. Para nosotros, jugar en ese campo histórico sería uno de los desafíos más importantes que habríamos de afrontar en nuestras cortas y alegres carreras de beisbolistas.

El deporte era algo que tenía bastante relevancia en mi pueblo natal, Navolato. Mi padre nos enseñó desde pequeños a practicar algo que nos ejercitara y nos diera cierta habilidad para los próximos años de adolescencia donde, al menos en el pequeño círculo del que me rodeaba en la cuadra y en la escuela, realmente parecía importar.

No fue difícil escoger entre otros deportes, el béisbol en mi tierra era en realidad “El rey de los deportes”.

Pronto el jugueteo infantil de cada tarde, con la pelota y un guante viejo, comenzó a volverse cosa seria. En el barrio nos juntábamos los suficientes para ser un equipo y pasamos de pegarle y atrapar una pelota, como simples descarrilados, a ejecutar estrategias ofensivas, toque de bola, aprender a barrer-

se, etcétera. Todo bajo el mando del señor Oliverio Cabanillas, apasionado de este deporte y quien decidió darse al titánico y nunca remunerado trabajo de entrenarnos. Alguna vez lo escuché comentar en broma: “Estos niños son buenos; parece que nacieron con el guante en la mano”, lo cual expresaba con gracia, pero parecía decirlo bastante en serio. Se nos podía ver en el campo de martes a viernes, desde la una de la tarde, hasta que se metiera el sol.

En 1966 participamos en el primer torneo infantil de béisbol de Navolato, donde logramos salir campeones; perdimos sólo dos juegos de cuarenta disputados. Hoy en día que lo recuerdo, he formulado la teoría de que esas derrotas se debieron por jugar en rancherías cercanas. Me explico: al llegar allá nos ofrecían de comer y sería imposible negarnos a la delicia de las tortillas de maíz recién hechas, al queso, al chorizo y a los frijoles de olla que justo acaban de poner a cocer. Un bufé de alto costo, pues para el momento del partido, por la tarde, estábamos tan llenos que ya no nos podíamos mover.

Nos convertimos en una maquinita para el béisbol, llegamos a conocer gente que nos seguía a diferentes partidos, teníamos un juego bastante sólido y agradable al espectador. Con el campeonato local en manos, el entrenador, contagiado de la alegría del equipo, confió en nosotros y en 1968 nos inscribió una temporada en la Liga de Béisbol Juvenil de Culiacán, bajo el nombre de Cañeros de Navolato.

La Liga era organizada por el señor Antonio “El Pachuco” Villa, un hombre ya popular dentro del gremio beisbolero, quien tenía un par de tiendas deportivas, en su mayoría dedicadas al juego de pelota. Eran idas y venidas hasta los campos de juego, bajo ese sol sinaloense de verano, donde el aire pareciera que lo sopla el mismo diablo como si esa fuera su única misión en el día.

Concluimos la fase de grupos ganando todos los juegos. Avanzamos a los playoffs con buena racha, la cual debimos mantener en la semifinal, teniendo un juego durísimo con el que logramos el pase a la gran final y la oportunidad de jugar en el mítico Estadio General Ángel Flores, casa de los Tomateros de Culiacán.

Uno puede pasar la noche tratando de imaginar el juego del día siguiente, lo increíble que sería volarse la cerca, robarse una base, hacer el out del triunfo... Logré dormir un rato para estar, en unas horas, cumpliendo un sueño con los ojos abiertos.

Alistarse, a diferencia de hoy en día, no era colocarse una serie de accesorios por todo el cuerpo, sólo necesitábamos el uniforme, un par de spikes y el guante, protector de nuestro más grande enemigo a la defensiva: el hit.

Saltamos a la cancha como siempre lo hicimos. Por un momento, parecía bastante irreal jugar en aquel estadio pero, para nuestra sorpresa, lo más irreal fue nuestro equipo rival

en la final, una selección de peloteritos conformada por el resto de los equipos de la liga. No sólo era jugar contra el equipo que mejor lo hizo en el torneo, era ir contra todos los mejores jugadores del torneo. Supongo que el trofeo debía quedarse a como diera lugar en la ciudad.

Solo podíamos hacer lo que mejor hacíamos a esa edad: jugar al béisbol. Teníamos que disfrutarlo, al fin y al cabo “habíamos nacido con el guante en la mano”.

*Autor
invitado*

La eternidad ante el clutch

[CUENTO]

PABLO GRAJALES ROJAS

Aunque debí estirar el brazo para detener la alarma del reloj que estaba sobre el buró, su chirrido no me despertó. Los nervios, que me carcomían desde ayer, impidieron el descanso atribuible exclusivamente a un profundo sueño. Hoy, por fin, llegaba el juego decisivo y en mi eterno infortunio sospechaba que la resolución residiría en mis manos. Desde los ocho años, cuando inicié la práctica del béisbol sobre aquellos polvorientos y empedrados campos de ligas infantiles, los campeonatos me daban la espalda. Tal vez mi incapacidad por anhelar éxitos, inducida por el pánico a erigirme como héroe, determinaron mis trágicos desenlaces.

Al principio, ansiaba el arribo del fin de semana para ensuciar mi uniforme, pero con el tiempo, mientras me adentraba paulatinamente en las estrategias intrínsecas a “El rey de los deportes”, mi pasión se desbordó, enajenándome por ganar cada desafío. Y si bien mis virtudes incrementaron y mi cuerpo embarneció durante la adolescencia, permitiéndome firmar para el profesionalismo y cumplir el que forjé como plan de vida, jamás logré evitar la sudoración que empapaba

mi cuerpo cuando el destino me presentaba situaciones clutch para definir.

Siempre quise llevar a la práctica la frase que escuché de mi ídolo Andrés Mora y que reverbera en mis oídos cada vez que me planto en la caja de bateo con el juego en la línea: “Hay que canalizar la presión en tensión”, me dijo seriamente cuando yo era apenas un novato, mientras él ya había redactado los principales capítulos de una carrera que lo conduciría al Salón de la Fama. Alguna vez leí que Hank Aaron detestaba convertirse en el out 27, en los albores de su épica trayectoria, no por la tragedia de fallar el último chance de su equipo, sino por un inmenso temor al fracaso; una debilidad que erradicó a martillazos, dejándole heridas convertidas, eventualmente, en callos plagados de sabiduría.

Decidí, por fin, levantarme para repetir todo lo que hice *a priori* al duelo de anoche, inmerso en la inescapable rutina cabalística que todo pelotero parece padecer. Me fui de 5-3 con par de dobles y tres producciones, ¿cómo no habría de hacer lo mismo?

Procuré pisar el parqué de mi departamento rentado con el pie derecho y sin pisar afuera del cuadro. Desconecté el ventilador de pie antes de cruzar al baño donde oriné, jalé el inodoro y me lavé las manos. Salí hacia la diminuta cocina donde prendí el televisor, ajusté la antena y giré la manivela para sintonizar el canal cinco que, aquí, era el ocho. Abrí el

refrigerador, saqué cuatro huevos y tres tiras de tocino y comencé a preparar el desayuno que se distanciaba mucho al de campeones estilo Mickey Mantle: brandy, kahlúa y crema. Si hoy no bebo champán en el clubhouse, procuraré emular al “Cometa de Commerce” en la próxima oportunidad.

De reojo, miré innumerables ocasiones mi reloj de pulsera, como si fuera un niño en primaria esperando el recreo. Tras dejar los utensilios en el fregadero, apagué la tele y con una pluma rebobiné el casete de *Somewhere in time*, de Maiden, lado B, antes de insertarlo en el estéreo y desnudarme para ir a la ducha. Con la piel aún húmeda, enjaboné la brocha, me afeité y —sin atreverme a olerlo— me puse el único calzoncillo que había en el cesto de ropa sucia. La trusa de la suerte, me aseguré. Paso a paso, sin descuidar detalle alguno en las andanzas que ayer me brindaron una efímera gloria, transcurrió el día hasta ese instante en que el mundo se detiene y todo pasa a un segundo plano: ¡el play ball!

Con las lesiones de dos titulares indiscutibles, el mánager se vio obligado a volverme a colocar en el jardín derecho, no sin antes recalcar me, como hacía insistentemente en los campos primaverales, que tirara al cortador sin intentar llegar la esférica de aire al catcher con esas pronunciadas parábolas que demoraban excesivamente el arribo de “doña blanca” a la mascota del receptor. Igualmente, reiteró que tuviera cuidado con el sinker del abridor rival, cuya fama se corroboró con los

cuatro bats que me quebró en la temporada. “Y si entra aquel petardo melenudo tira-sliders que tienen arrumbado en el bullpen, te va a tirar la recta a la cabeza para que no alcances sus rompientes afuera. ¡Arrímate más a home y macanéalo o hazle caso a tu padre y devuélvete a la universidad!”.

Maldito oráculo resultó ese viejo lobo; apenas si me dio un puñado de turnos cuando tenía sanos a sus caballos, a pesar de mi sólido .333 de bateo. ¿Cómo voy a pedir aumento si ni siquiera fui titular este año? Solamente dando el batazo clave, no tenía alternativa. El veterano detestaba mi gusto por la lectura y más aún que mis progenitores fueran educadores. Si no estábamos enfocados en el béisbol, éramos indignos de él. Y tal como me lo adelantó, el destino situó a los dos peregrinos de los diamantes frente a frente. Los pitchers inicialistas abandonaron temprano la loma hacia las regaderas, el suyo no sin antes desbaratar un bat que me prestó ese roble californiano a quien tenemos por cuarto tolete. Procuré evadir su mirada desde entonces, especialmente durante la felicitación por su cuadrangular en la cuarta.

Cuando ejecuté con precisión el toque de sacrificio en la octava, dos innings después de abrir tanda con triple para anotar la del empate en elevado de sacrificio, sentí que la diosa Fortuna me sonreía coquetamente. Había cumplido sin acaparar esos odiosos reflectores que incrementan la temperatura de nosotros, los mortales, mientras sirven de combustible

para esos pocos dignos del Edén, el Valhalla o el Olimpo.

Pero la línea para doble play extinguió nuestra amenaza y el trepidante desafío se extendió a extra innings, agotando bateadores emergentes y brazos frescos por igual. Panorámico bambinazo insospechado que detonó su cansado receptor, en batazo descolgado, nos tenía contra la pared. Exhausto de un potencial emergente, el dirigente no tuvo alternativa que dejarme batear en la parte baja de la entrada trece, con corredores en segunda y tercera. Olvidé mencionar que había dos outs. Y tal como predijo mi nostradámico estratega, el greñudo de la bola submarina y 3.33 de efectividad residía en el montículo. Si fallaba mi turno, el título estaría en sus manos.

Restregué resina de pino en la empuñadura de la mangua —ahora cortesía del utility, cuya única aparición al plato concluyó en pasaporte— mientras proyectaba la potencial secuencia de pitcheos en mi mente: recta esquina de afuera, slider muy abierto, rápida alta y por fuera, la ineludible recta a la cabeza y, si continuaba con vida, una miríada de sliders lejos del pentágono. Podía permitirse la base por bolas porque atrás de mí esperaba turno el novel campocorto, cuyo mágico guante no ocultaba su magro bateo. “Debajo de la Línea Mendoza”, nos quejábamos a sus espaldas. Sin embargo, conociendo mis nulas virtudes a la hora cero, tenía la certeza que no me lanzaría alrededor de la goma para enfrentarlo a él, asimismo, ambidextro.

“Aquí vamos”, pensé, respirando profundamente. Un slider que apenas pintó el negro interno del plato me sorprendió tirando el cuerpo, súbitamente, hacia atrás. Strike uno. Ahora sí vendría por fuera, pero su rápida —de nuevo pintando la esquina de adentro— me tomó fuera de balance, mientras buscaba algo externo. Contra las cuerdas. Antes que pudiera pensar, escuché: “¡Bola, fuera!”, en la aguardentosa voz del umpire principal, una voz evidentemente maltratada por las emociones del juego y no por una noche de parranda. Ni siquiera recuerdo, hoy día, qué lanzamiento fue.

Abajo en la cuenta uno y dos, tenía la certeza que el serpentinerero me intimidaría. Tenía, al menos, un pitcheo para hacerlo antes de rematarme con su venenoso rompiente. Dejé que los eventos transcurrieran como debían y me levanté, erizado, sacudiendo tierra de mi jersey. Hice caso a los consejos de mi mentor y, cuando levantó la pierna, me acerqué a home. Su slider se quedó colgado y, entonces, supe inexorablemente que el juego estaba finiquitado con mi elusiva victoria diluyéndose, cual espectro en la oscuridad.

Lo supe al momento en que la pelota abandonó mis dedos; el pitcheo no patinaría como lo había planificado. De nuevo, la gloria abandonaba, caprichosa, mi cuerpo. El impacto de su bat con la pelota es el sonido más claro que escuché jamás. Tenía la certeza que mi inicialista no estaba postrado sobre la raya; cuidaba el hoyo primera-segunda para evitar el sencillo

que nos mataría. El extrabase era intrascendente. La pelota silbó en su trayectoria hacia el jardín derecho sobre la línea de cal. La vorágine inminente me impide recordar precisamente los hechos suscitados, pero de nuevo había fallado en el clutch. Ambos corredores anotaron y ellos se proclamaron campeones.

Recapitulé mi jornada buscando una falla en lo que hice un día antes, cuando colgué un importante cero en la fatídica séptima: desbloqueé el celular e inactivé la alarma luego de dormir a ratos, puse el pie derecho en el piso de mosaico sin tocar sus contornos antes de apagar el aire acondicionado. Entré al baño, oriné y pulsé el botón de desagüe; tomé el control y prendí la pantalla eligiendo el Smart TV para continuar viendo la serie del momento, aunque no le prestaría la debida atención. Encendí la parrilla eléctrica y rocié PAM sobre la sartén antes de poner cuatro huevos, mientras colocaba las tiras de tocino en el microondas. Chequé la hora de mi teléfono innumerables veces. Emparejé el iPod con la bocina vía bluetooth y elegí escuchar el álbum *The final frontier* (sin la opción *shuffle*). Recorté mi barba con la rasuradora eléctrica y me metí a la regadera. Sin dudas, me puse los mismos bóxer slips.

En fin, todo fue idéntico. Incluso, el perpetuo desenlace de mi carrera. Tal como pasó desde niño en aquellos calurosos diamantes sintéticos, plagados de galardones individuales, mas carentes de títulos. Y de alguna forma, transcurridos los

años, no sentí coraje u odio luego de aquel batazo que nos dejó regados en el diamante sino, paradójicamente, una empatía incomprensible con aquel desfachatado pelotero; un eslabón cósmico omnipresente en mi eterno fracaso ante el clutch.

Los autores

Kevin Arnoldo Castañeda Reyna. (Monclova, Coahuila). A los catorce años decidió que plasmaría sus ideas en la literatura. Ha asistido al taller de literatura “Imaginantes”, de la Biblioteca Harold R. Pape, al diplomado de lectura y escritura impartido por Fundación Pape, y al diplomado de Creación Literaria del INBA. Tiene dos publicaciones: su poesía, en la antología *Viajeros*, publicado por Editorial Pape en 2017; y sus cuentos, en la antología *Imaginaria*, en la misma editorial en 2018. Actualmente trabaja en la escritura de una novela de drama y el desarrollo de un libro de cuentos especulativos.

Humberto Vázquez Galindo. (Monclova, Coahuila). Cursó la licenciatura en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Coahuila. Es periodista y editor del periódico *Vanguardia de Saltillo*, casa editorial en la que inició a laborar en 2001. Ganador de trece premios estatales de periodismo en las categorías de crónica, reportaje, entrevista, reseña, artículo y nota periodística, en las secciones de cultura y espectáculos.

César Mario Durón Olloqui. (Saltillo, Coahuila). En 1997 fue integrante del Taller Literario “La llama del desierto”, de la UAdeC, en Monclova, coordinado por el escritor José Carlos Mireles Charles. En 1998 participó en el taller de literatura de la propia UAdeC, impartido por el escritor Jesús de León,

y en 1999 perteneció a otro taller literario organizado por la Casa de la Cultura de Monterrey y coordinado por la escritora Dolores Hernández. Participó en el Primer Encuentro de Talleres Literarios del Noreste. Fue ganador del Concurso de Poesía “María Narro”, organizado por la UAdeC. En 2015 fue fundador y participante del Café Literario de Bibliotecas en la Biblioteca Pública “Carlos Pereyra”, de Sabinas, Coahuila. En 2017, se desempeñó como editor y colaborador del Fanzine Literario “Los poetas desmadrosos”, bajo el nombre de “Chícharo”, donde se publicó su trabajo. Además, fue ganador en el Concurso de Crónica “Bitácora de la Memoria”, donde se publicó su participación en un libro homónimo editado por la Editorial Pape y el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo. En 2018, participó en la presentación de la obra en la Feria del Libro UANLEER 2018. Fue ganador, ese año, del Concurso de Cuento Corto “Mínima”, con el que se publicó su participación en un libro homónimo.

Al Boardman. (Saltillo, Coahuila). Escritor, comunicador, consultor. Es aficionado al béisbol, seguidor de los Mets de Nueva York y de los Saraperos de Saltillo. Estudió una licenciatura en Derecho en la Universidad de Estudios Avanzados, Campus Saltillo, y otra en Letras Españolas en la UAdeC. Estudió redacción avanzada en la Universidad Iberoamericana. Actualmente, cursa la maestría en Escritura Creativa por la

Universidad de Salamanca, España. Cuenta con licencia de locutor tipo “A”, número 37349, emitida por el Departamento de Certificación para Locutores de Radio y Televisión de la Dirección General de Televisión Educativa de la SEP. Cuenta con veinticinco años de experiencia radiofónica y nueve años de experiencia editorial. Es conductor del programa “Tribuna de Coahuila”, transmitido por XHAJ 88.9 FM de *El Diario de Coahuila* y corresponsal cultural de *El Heraldo de Saltillo*. Es productor y conductor del programa “Encuentros con la historia”, transmitido semanalmente a través de veintidós frecuencias moduladas en Coahuila y doce en el país. Es autor de la columna de opinión cultural y divulgación científica: “Algo que vale la pena leer”, publicada en las versiones impresas y electrónicas de diez medios de comunicación: *El Heraldo de Saltillo*, *El Diario de Coahuila*, *Milenio Laguna*, *Coahuila hoy*, *El factor*, *La otra plana*, *Perfiles laguneros*, *mexnewz.mx*, *ajuaa.com* y *El popular digital*. Ha sido autor de cuento, ensayo y dos novelas: *Ese fantasma vecino* y *Huesos en la trinchera* (en proceso de publicación). Fue participante invitado a la Reunión de Escritores Kindle-Amazon, en español, realizada en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2017. Es consejero secretario del Consejo Ciudadano de Radio Universidad, UAdeC (2017-2020). Obtuvo, en 2017, el Premio Estatal de Periodismo Cultural “Armando Fuentes Aguirre”, otorgado por la UAdeC, por su columna “Algo que vale la pena con-

tar”. Fue acreedor, en 2015, del Premio Estatal de Periodismo y ganador de la primera entrega de la Presea al Mérito Cultural “Don Roberto Orozco Melo”, que otorga el Gobierno de Coahuila por sus programas de radio y las columnas publicadas, así como por su labor en el periodismo cultural y la generación de nuevos espacios para el fomento de las artes y humanidades. Obtuvo, en 2014, el Premio Estatal de Periodismo Cultural “Armando Fuentes Aguirre” por el programa de radio “Encuentros con la historia”.

Gibrán Jalil González Treviño. (Monclova, Coahuila). Es ingeniero industrial y de sistemas por el Tecnológico de Monterrey. Cuenta con una maestría en Manufactura por la UANE, campus Monclova. Es docente, mezclando su actividad en compartir su experiencia profesional entre sus alumnos y la asesoría a industrias. Se considera fanático de la lectura, sintiendo una admiración por la obra de Julio Cortázar. También, declara su debilidad por Haruki Murakami, a tal punto de poseer y leer todos los libros y preguntarse cada cierto tiempo por qué no ha sido honrado con el Premio Nobel. Padre y esposo de tiempo completo, declarando que las dos mujeres de su familia cambiaron su vida para bien, a tal punto que son su impulso para ser mejor día a día. Monclovense, orgulloso de sus raíces y de la gente trabajadora que, pese a que la naturaleza y su clima está en contra de ellos, han sabido forjar esta

tierra en donde vive después de seis años de ausencia, tras regresar de Monterrey en el año 2007.

Rocío Sotomayor Velis. (Monclova, Coahuila). Ha sido integrante de diversos talleres literarios desde hace quince años y ha participado en tres antologías junto a escritores de Monclova y Saltillo. Le encanta hacer lecturas en voz alta, estar en contacto con la naturaleza, cocinar, escuchar música y presentar libros de otros autores. Actualmente, forma parte de un proyecto de poesía amatoria que verá la luz el año entrante.

Leonardo Gómez. (Monclova, Coahuila). Radica en los Estados Unidos desde 1994, cuando llegó a estudiar teología. Está casado con Olga Guajardo, con quien tiene tres hijos: un varón y dos mujeres. Reside en la ciudad de Spring, Texas, un suburbio de Houston. Profesionalmente, se desempeña en una institución religiosa. Durante sus clases y reflexiones, busca incluir historias de su tierra natal. Él y su esposa, ambos de Monclova, han buscado transmitir a sus hijos su amor por los Acereros de Monclova.

Humberto Javier Salazar Andrade. (Monclova, Coahuila). Realizó sus estudios de preescolar y primaria en Agujita, y los de secundaria en Nueva Rosita. Estudió en la Benemérita Escuela Normal de Coahuila, en Saltillo, titulándose como

profesor de Educación Primaria. Realizó una licenciatura en Educación Especial para después ejercer dicha profesión desde 1984 hasta 2016, atendiendo en Monclova a alumnos con necesidades educativas especiales con y sin discapacidad. Actualmente, goza de su jubilación. Se considera apasionado del softbol y béisbol, integrando un equipo de softbol en la liga magisterial y apoyando a su equipo favorito: los Acereros de Monclova.

José Del Bosque Joch. (Saltillo, Coahuila). Es licenciado en Comunicación y maestro en Historia por la Universidad Iberoamericana. Egresó del posgrado con la tesis *Historia de la Compañía de Jesús: su divulgación en distintos soportes comunicativos*. Es coautor del libro *¿Quiénes han sido los jesuitas? 28 claves para su contextualización* (Universidad Iberoamericana/Buena Prensa, 2016) y autor de *Educar con el espíritu. Un tríptico sobre jesuitas, sociedad y la construcción del siglo XX mexicano* (Societas Librorum, 2018). Ha trabajado como editor y guionista de televisión. Actualmente es catedrático en la Universidad La Salle, en Saltillo.

Roberto Espero Jacobo. (Saltillo, Coahuila). Es egresado como ingeniero agrónomo de la Universidad de Culiacán. Trabajó por más de veinte años como ejecutivo de banco en el sector agropecuario. Se considera un apasionado del béisbol, lo que

lo ha llevado a jugar como amateur en cada ciudad donde ha radicado en el país. Actualmente es dueño de un negocio de ferretería.

Pablo Grajales Rojas. (Ciudad de México). Estudió Ciencias de la Comunicación en el ITESM-CEM, donde se graduó con honores. Fue periodista de deportes en *La Jornada de Oriente* y *Síntesis*, en Puebla. Se inició en la crónica de béisbol con Tigres, con quienes trabajó de 2003 a 2016, antes de sumarse a Pericos en 2017 para luego llegar con Acereros en 2018. Desde 2011 trabaja con Tomateros en la Liga Mexicana del Pacífico (LMP).

Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2019 en Quintanilla Ediciones,
con un tiraje de 500 ejemplares.